

Pilar Salamanca

# El olvido

y otras cosas imposibles



menos**cuarto**

Colección CUADRANTE NUEVE

© Pilar Salamanca, 2016

© de esta edición, MENOSCUARTO [E. CÁLAMO, S. L.], 2016

ISBN: 978-84-15740-34-6

Dep. Legal: P-37/2016

Diseño de colección: ECHEVE

Fotografía de portada: JUSTINO DIEZ

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (PALENCIA)

Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

«Nuestro propósito en la vida no es triunfar sino fracasar con el mejor de los ánimos.»

STEVENSON

«¿Hace falta que le diga, a usted, que no lo ha adivinado más que los otros, que en este libro atroz he puesto todo mi corazón, toda mi ternura, toda mi religión (travestida)...? Es cierto que escribiré lo contrario, que juraré a mis grandes Dioses que este es un libro de arte puro, de remedos, de malabarismo; y mentiré como un sacamuelas.»

CHARLES BAUDELAIRE

«À Narcisse Ancelle» (18/II/1866)

*Para José, mi abuelo*

QUEDA LO QUE FUIMOS

## I. VISTA

Estoy sentada en el suelo con la espalda apoyada en una esquina del pasillo y veo pasar a mi abuelo camino del váter. Mi abuelo es un hombre alto, de porte elegante, con una hermosa cabellera blanca blanquísima y un mostacho enorme y gris a juego con su sombrero, su abrigo y sus guantes. Mi abuelo es médico militar y, con el tiempo, llegará a ser general del Ejército español, pero todavía no, para eso le faltan todavía algunos años y Pepe, como le llama mi abuela, no tiene ninguna prisa. Es un hombre paciente y sabio, lleno de fe. Un hombre que todas las mañanas sale de casa camino del hospital seguro de que esa noche cuando se acueste habrá dejado tras de sí un mundo mejor y más arreglado. No sospecha que mientras él se dedica a proteger y curar a sus muchos pacientes, el Valle de los Caídos entierra a sus víctimas por docenas. No imagina cómo les explotan los pulmones, se les hace añicos el pecho, cómo se les hunde el tórax y la sangre les sale por la boca a borbotones. El abuelo, dicen los que le conocen y yo les creo, es un hombre bueno que hace lo que puede. Todos los días, el mismo trayecto, de casa al hospital, del hospital a casa y de camino las visitas gratis, con su maletín a cuestras arriba y abajo por unas escaleras de servicio con olor a berzas, antes de regresar a nosotros sano y salvo. Entonces, con toda naturalidad se sienta a cenar sin admirarse de haber sobrevivido pero, sobre todo, sin contar a la abuela lo que ha estado haciendo. Más que nada, cosas como curar al enfermo, dar de comer al ham-

briente, vestir al desnudo o ayudar a las viudas de antiguos compañeros de armas, hayan sido rapadas o no. Eso, y ganar un sueldo para alimentar y criar a sus siete hijos. A mi abuelo no se le ocurre pensar que cualquier día, como se enteren, las autoridades van a empezar a dudar de su probada *fe nacional*, irán a por él y conseguirán que la abuela, esto sería lo peor de todo, termine sabiendo de su doble vida.

Pero no. El abuelo es un hombre armado de fe. Podría decirse que ese maravilloso corazón suyo da cabida en grado máximo a toda clase de virtudes, las teologales en primer lugar: fe, esperanza y caridad. Sobre todo mucha caridad. Con unos y con otros y con los de más allá. El abuelo es, ya digo, un hombre lleno de virtudes que confía en el Altísimo pero también, y sobre todo, en la bondad intrínseca del ser humano. No espera que la bondad triunfe algún día sobre la Tierra, pero eso tampoco le sorprendería demasiado. En general, ve la maldad como una equivocación, como una falta de preparación o de cultura que podría arreglarse fácilmente con un poco de buena educación.

Todos los domingos por la mañana va con su mujer a misa de doce para cumplir, supongo, con el precepto y, de paso, escuchar al párroco de la iglesia de Santiago sin preocuparse —o eso parece— de que quien les habla sea un párroco asilvestrado que no dice más que tonterías. Por la tarde, recibe la visita de sus hijos y de su única nieta —que soy yo— en su casa de María de Molina. Habla con ellos y juega un rato conmigo. Después hace el crucigrama y discute con su hijo mayor, también médico y también militar, que no se le parece en nada, hasta que la abuela

ordena —le gusta mucho ordenar— a la muchacha que traiga el café-con-leche, más bien achicoria, de la merienda. El abuelo suele entonces entretenerse migando galletas María hasta que consigue una especie de papilla que toma a cucharadas y que parece relajarle, ablandarle. Cuando termina, escucha el parte por la radio.

Sí, hoy es domingo y yo estoy sentada en el suelo con la espalda apoyada en una esquina del pasillo cuando veo pasar a mi abuelo camino del váter. Él no me ve porque el pasillo está a oscuras. Va desabrochándose lo que después supe que se llamaba bragueta y de la bragueta saca un tubo morado y largo que yo nunca había visto antes, es más, que nunca imaginé que tuviera escondido. Algo impactante. Un horror. ¡Pobrecito el abuelo! Casi me desmayo de pena al darme cuenta de que mi pobre abuelo es una especie de monstruo. Y de repente «flop», oigo una especie de «flop», como si mi cerebro se hubiese vuelto líquido y se hubiese puesto a pensar por su cuenta (razonando incluso), en un tiempo que se ha vuelto inmóvil, lo bien que estaría que su nietecita hiciese algo para arreglarlo. Así que, mientras el abuelo orina vuelto de espaldas a la puerta abierta, me acerco sigilosamente llevando en la mano unas tijeras que, a día de hoy, no sé de dónde pueden haber salido. Efectos secundarios del *shock*. Presión en el interior de los ojos. Como si algo intentara empujarlos fuera de sus órbitas. Sí, me voy acercando sigilosamente hasta que, por fin, el abuelo me descubre a su lado —casi un metro ochenta por debajo de su cabeza— y, con el mismo movimiento, se sacude la verga y la oculta dentro de los marianos al tiempo que de un empujón me aleja y me hace aterrizar —inmensa suerte— sobre la alfombrilla del cuarto de baño.



No recuerdo, por más que lo intento, lo que ocurrió a continuación pero pensando de nuevo en este primero, primerísimo recuerdo (no podía yo tener más de dos o tres años), he establecido una lista de sensaciones primarias que luego me han acompañado a lo largo de la vida. Para empezar, la compasión y luego, a pocos pasos, la angustia que me produce siempre toda deformidad —o lo que yo pienso que es una deformidad— física o de cualquier otra naturaleza, la falta de armonía o de belleza y la necesidad inmediata de restablecerla. Una angustia que me produce, además, retorcijones, dolor de estómago, carne de gallina y ganas de orinar. Y con la angustia, un furor que me sofoca, una vergüenza que me encoje. Reacciones, todas ellas, muy físicas, muy visibles, muy difíciles de controlar.

Sin embargo, en esta especie de diario no quiero hablar solo de sensaciones —fuertes o no—, de esos pasos de baile que la mente obliga a bailar al cuerpo. No. Quiero hablar de todo un poco. Mejor dicho: quiero hablar de todo lo que quiero hablar, para empezar, de mi abuelo.

Que por la noche, al acostarse, sueña que la historia es un cuento que no puede sino terminar bien; que sus hijos, tan formales, y sus hijas, tan honradas, seguirán respirando tranquilos por los siglos de los siglos; que su familia permanecerá siempre unida y en pie como los árboles del Campo Grande que parecen eternos, no sujetos al tiempo ni a las plagas, frondosos y libres de polución y hongos mientras los pavos reales, los patos y los cisnes vagan seguros por sus senderos sin tener miedo a que alguien, muerto de hambre, venga a cazarlos para comérselos; que ese día cuando, conmocionada y llorando, yo suelto las tijeras y le digo que solo quiero —por si él no se hubiese dado

cuenta todavía— cortar esa especie de rabo que le sale entre las piernas para que nadie, y menos que nadie la abuela, se entere de su deformidad y le haga la vida imposible; él, sonriendo amablemente, va y me dice que me lo agradece, de verdad me lo agradece, pero que no me preocupe, cielo; que si esa noche u otra cualquiera, el abuelo siente tristeza o preocupación por el estado del país o de los suyos —es humano al fin y al cabo— pensará con toda seguridad que ya se le pasará, porque confía, el abuelo confía en la bondad del género humano, y se pondrá sin dudar en manos de la *divina providencia* sin pensar siquiera que el significado mismo de *divina providencia* pueda resultar más bien dudoso.

Ha pasado el tiempo. Frente a mis asombrados ojos, el mar se agita ahora con grandes olas que se derrumban una y otra vez sobre la arena. El viento húmedo y salado susurra bajo la lluvia como unas enaguas de tafetán. Una gaviota se lanza en picado sobre el agua, mientras otras vuelan hacia ella y tratan de arrebatarse el pez que asoma entre las comisuras de su enorme pico chillando como poleas mal engrasadas. En el faro, brilla una luz amarilla que advierte a los barcos del peligro de las rocas y de los bancos de arena; su luz les llega a una velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo. La luz del sol —ya se sabe— tarda apenas ocho minutos en llegar a la Tierra, pero a la imagen de mi abuelo, alto y de tan buen porte, le ha costado, al menos, cincuenta años alcanzar las orillas de mi memoria.

## II. OLFATO

Olores, efluvios, fragancias, aromas. Acuérdate del portal con olor a berzas. Del olor de aquellas casas militares de felpudo adusto y con dos puertas. A la de servicio se accede a través de un patio de luces, penumbras más bien, hoy comido por la mierda. Acuérdate de la refinada crudeza del tufo cuando la mayoría de los pisos parecían ponerse de acuerdo en la cosa del caldo y los garbanzos todas las semanas del año, incluida la Cuaresma. Acuérdate de lavarte los dientes, las manos, los morretes antes de sentarte a la mesa. Recuerda sí, el cocido, el siempre añorado símbolo de una época difícil, el hambre, la escasez. Recuerda la mañana helada, la tarde oscura, el ocaso perdido, la cama abatible, la nieve apaciguadora. Recuerda el olor a anís de las rosquillas que hacía la madre de tu padre en el piso de Recoletos, las macetas de perejil en el alféizar de la ventana, la campaña de Teruel y la bala que se llevó la mitad de los dientes de tu padre. Recuerda el olor a sangre en la cocina de cuando te arrancaron las amígdalas. Recuerda también el dolor al descubrir que te habían engañado y que no iban —solo— a limpiarte los dientes como te habían prometido. Recuerda la tristeza de cuando a los nueve años te enteraste de que no existían los Reyes. Recuerda la decepción, la humillación, el desengaño. Asume estas tragedias con dignidad. No desesperes. Siempre te quedará el chocolate. El olor a chocolate con tostadas de pan y mantequilla de las tardes de domingo después de jugar al parchís o a la canasta.

Vigilada atentamente me muevo entre mis primos como una muñeca de cuerda cuyo mecanismo estuviera ajustado, precisamente ajustado, para dejar a mi familia en buen lugar: versos, las sevillanas de cojo-una-manzana-la-como-la-dejo-la-tiro-al-cesto-lara-la-la y hasta el *amado mío* —en enaguas— me van conquistando, no sin esfuerzo, un pequeño lugar bajo el sol. La vergüenza, el remordimiento, la confusión son experiencias transitorias. Los niños poseen una conciencia diáfana. Es lo que tienen. No son ellos quienes se equivocan o los que deciden invertir en apariencias. Ellos saben que podrían hacerlo mejor. Pero no les dejan.

Olor a chamusquina.

Por mi cumpleaños me llevan a la peluquería, ¿no te hace ilusión *la permanente*? Vuelvo a pensar en las amígdalas y respondo que no. Sobre todo, porque no me fío. Recuerda otra vez la tarde de lluvia y cómo son las peluquerías piratas instaladas a caballo entre un entresuelo y el sótano, en esas habitaciones con alcoba que hace las veces de lavadero de cabezas. Recuerda a la peluquera con rulos y a la chiquita de bata rosa que se ocupa obsesivamente de barrer los pelos cortados y amontonarlos ora en un rincón, ora en otro. El olor a amoníaco, tan fuerte que te hace llorar; el florero de plástico encima de una mesita de formica iluminada por un lámpara de tulipanes también de plástico; los canutillos de madera de colores de la cortina que al agitarse con las corrientes dejan entrever el lúgubre fregadero de la cocina al final del pasillo; los dos sillones en vinilo verde plomo desgastados hasta el hueso de madera que van perdiendo goma espuma por las heridas; los espejos turbios de vaho; las revistas deshojadas por el suelo y, en

el suelo también, los tobillos enconados de las señoras y también los míos cuidadosamente colocados sobre una baldosa porque pienso que si piso raya será como dar mi permiso para que empiece este juego que presiento peligroso. Recuerda el juego y, también, los capuchones metálicos, chichos eléctricos, redomas, tijeras afiladas, rulos, horquillas, pinzas y pinceles, botellines, cestos, algodones, redes y cordones.

En tiempos de paz recuerda la guerra: la sonrisa arrebolada de la mujer de los rulos, el desconcierto. Recuerda que te hacen inclinar la cabeza y el ¡ZIS, ZAS! de las tijeras cuando caen seccionadas tus dos coletas sin que nadie mueva una pestaña o haga algún gesto para impedir la tragedia de aquel instante. En tiempos de guerra recuerda la paz: el olor a las celindas de San Marcos, los guindos de la finca de los agustinos, la tierra mojada del Campo Grande, el olor a caca de vaca en Reinosa y también en Suances donde ibas a pasar el verano.

Sí, nada más memorable que un olor. Puede ser inesperado, momentáneo y fugaz, y aun así evocar los veranos de toda tu infancia junto a la mar cantábrica, cuando los arbustos de moras silvestres se cargaban de bolitas maravillosas y el sexo opuesto parecía tan imposible como los viajes a la Luna. Recuerda esos olores que detonan suavemente en tu memoria como minas, ocultos cables bajo la hierba de esos años. Pero ten cuidado pues, al pisarlos, esos recuerdos explotarán al instante y tú con ellos: visiones inquietantes surgirán entonces de bajo tierra y golpearán tu rostro y entonces... ¡a ver qué haces! Recuerda también que, aunque tu sentido del olfato pueda tener una precisión extravagante, te será casi imposible describir cómo huele

algo a alguien que no lo ha olido, o cómo y por qué, cada vez que lo hueles, ese olor termina arruinándote el día.

Pero inténtalo, no dejes de recordar cómo huele el agua de la lluvia esa tarde de cumpleaños cuando por fin te dejan salir de la peluquería, la sensación de ridículo y las lágrimas al verte sin coletas y cómo alguien pone una mano sobre tus ojos y tú sigues llorando dentro de esa mano. Recuerda el olor a quemado de tu cráneo mezclado con el olor a lana mojada de la capota, tu cara tan redonda, tus ojos asustados por lo que alguien te ha hecho, por lo que alguien ha pedido que te hagan, por lo que tú misma has permitido que hagan contigo. Recuerda también tu vuelta a casa mientras caminas debajo de las cornisas, pegada a unas paredes con olor a arpillera mojada y a orines de perro, y cómo las gotas de lluvia, como agujas de lana, atraviesan tus rizos quemados; la estrategia de charcos y socavones que la calle extiende bajo tus ojos.

Sí, recuerda el olor de las lágrimas y procura recrear con tus palabras emociones y sensaciones que ya no existen; y por más que los lazos entre ellas y tu olfato sean patéticamente débiles y no sepas cómo describirlos recuerda, al menos, cómo te hacían sentir esos olores: excitada, atemorizada, enfadada, suspendida en el hálito de un minuto. Luego, olvida todo e intenta seguir adelante.

### III. GUSTO

Las niñas son tan inocentes... en el fondo creen que todos son o podrían ser como ellas. Dan por hecho el amor. Creen que los demás tienen que quererlas por la simple razón de haber nacido y piensan que, si lo necesitan, el mundo correrá a ayudarlas, a consolarlas, a darles, si se equivocan, una segunda oportunidad. Las niñas, en verdad, creen a pies juntillas las historias que les cuentan sobre la igualdad, la justicia, el amor maternal y no se les ocurre que figuras revestidas de tanta autoridad puedan equivocarse, ser desaprensivas o, sencillamente, estúpidas. En su inocencia, las niñas creen hasta la última palabra que les dicen estas personas y dan por ciertas muchas cosas milagrosas.

Posiblemente, porque lo primero que hacen al llegar a este mundo, aparte de gritar, es degustar el tibio calostro. Calidez, seguridad, saciedad constituyen sus primeros sentimientos de placer y asociaciones tan poderosas no se borran tan fácilmente.

Por lo que a mí respecta, prefiero el chocolate. Una gran fuente de placer, el chocolate. Un complejo de satisfacciones tanto fisiológicas como emocionales en gran parte incardinadas en mis recuerdos infantiles. Un verdadero orgasmo sensorial. ¿Qué hubiera sido de mi desarrollo emocional sin el chocolate? Cuando en los inviernos de mi infancia me dan para merendar una taza de chocolate caliente con picatostes se me pasan todos los males... por más que después me remuerda la conciencia por el exceso de calorías añadidas a mi dieta. Me doy cuenta de que hoy

día todas las sensaciones agradables de mi infancia, además de estar prohibidas, parecen también relacionadas con el chocolate. Todas las armonías de gusto y aroma, sonido, vista y tacto —y no digamos el sexo— debían entonces ser resistidas. A la niña que yo soy le repiten —día sí, día no— que el placer es sinónimo de culpa, sinónimo de infierno: «Que vuestras compañeras sean mujeres pálidas y delgadas por el ayuno», dice Jerónimo. Y nosotras, inocentes y niñas, aprendemos a no tomar las cosas por lo que parecen y buscamos siempre trasfondos, intenciones ilícitas. A mí, sin ir más lejos, me engorda el deseo. Cuando jugamos al escondite o al *pilla-pilla* yo soy siempre la que *pongo* porque, al sobrarme kilos, corro menos y me cogen enseguida. En casa me llaman patosa y, fuera, se ríen de mis pechos que ya abultan aunque solo tenga once años. Supongo que es por eso que los obreros de la construcción y los chicos en general se fijan tanto en mí. Mis amigas se burlan y dicen, además, que no sé de la misa la media y yo les doy la razón aunque, a veces, no estoy tan segura, porque si, tal como ellas sostienen, a los chicos eso les da lo mismo —más bien les gusta— de poco me serviría saber la misa entera.

En cualquier caso, y por su culpa (culpa de mis pechos y también de mis amigas), yo tengo la impresión de que mi cuerpo es una especie de artefacto que da muchos problemas. Que yo recuerde, nunca hablo de eso con nadie: no hubiese sabido, pero es que tampoco me hubiese atrevido. Lo único cierto es que yo me siento sucia de una forma difícil de explicar. De alguna extraña manera, «siento» que este cuerpo mío obliga a los chicos a hacer «cosas» y, obsesionada, me huelo el sobaco por ver si es eso, si lavándome obsesivamente ese olor se va y me dejan en paz.



Ahora bien, mientras mis amigas, las delgadas, contemplan su futuro con el ojete del culo apretado y gimiendo de aburrimiento, yo, con un sentimiento de culpa mayúsculo —aunque la mayor parte del tiempo sin él—, me encuentro muy atareada viviendo mi vida, haciendo planes, viendo películas prácticamente todos los días de la semana (mi padre tiene un «pase»), aprendiendo a besar a tornillo (con la ayuda de mi amiga Márgara), soplando velas de cumpleaños y comiendo chocolate. Puro placer. Es más, con el paso de los años, he descubierto que las que sabemos disfrutar del placer en general —y del chocolate en particular— sabemos también resistir. Somos maestras en los rituales que nos protegen. Para nosotras, la depresión fue siempre palabra de un dialecto extraño que nunca tuvimos la menor intención de aprender. Las que disfrutamos con el chocolate (en particular y con la vida en general) llevamos siempre con nosotras el valor de nuestras convicciones y, a lo mejor, nunca llegamos al extremo pero... en caso necesario podríamos hacerlo.

Aún hoy, cuando me pregunto a mí misma qué comida me pide el cuerpo —y pongo suficiente énfasis en el verbo— la respuesta suele ser chocolate y no porque me sienta triste o angustiada, esté a punto de menstruar o deprimida, sino porque produce en mí la misma sensación de cuando, entonces, aprendí a enamorarme, una sensación, digamos, parecida a la que producen las anfetaminas.

Y hablando de enamorarse. Si dejamos a un lado el hecho de que, para empezar, Víctor *no* es una niña, tampoco resulta exagerado decir que pertenece a una especie diferente. Algo absolutamente físico. Nada del panda gorduzuelo que por lo general son los niños de su edad. Es

más bien una cepa hecha de nervios, músculos y tendones, con unas piernas gloriosas. Corre como un gamo. Está inmóvil y de pronto desaparece a toda velocidad. Jamás un gesto lento. Siempre tan rápido que no es posible prevenir ninguna de las catástrofes que su energía provoca. Trepa por todas las cuerdas. Se mete por todos los agujeros. Un día se empeña en ir a coger cangrejos a una de las pozas de la playa de los Locos (ni que decir tiene que lo tenemos prohibido) y la marea sube sin que él llegue a darse cuenta, de manera que pasa las dos horas siguientes aferrado a un roca y sin poder regresar a la playa. Tienen que ir a rescatarle con una barca-grúa y le pescan tirando de polea como si fuese un fardo. Está completamente mojado, pero no tiene un solo rasguño y eso que la mar está picada. Yo estoy convencida de que, si hubiese sido otro, habría muerto ahogado. Mi querido Víctor: la mente de un mosquito dentro de la carcasa de un dios. Todos los días, una proeza física de alguna clase y, lo que es peor, una sonrisa con hoyuelos que quitaba la respiración. Y el sueño. Porque, todo hay que decirlo, he dejado de dormir por su culpa. Permanezco rígida en la cama con los ojos muy abiertos hasta que veo aparecer su rostro proyectado en la pared. Solo entonces me atrevo a decirle cuánto le quiero y que estoy loca por él. Él me mira con una expresión inquieta, impaciente, escandalizada, compasiva e incrédula, rompe a reír y dice «¿tú... la gorda?» y desaparece.

Las niñas, ya se sabe, dan por ciertas muchas cosas milagrosas. Cosas como los flechazos, el *amour fou*, el ojo que todo lo ve, la electricidad, el inasequible desaliento de la Tierra dando vueltas alrededor de su eje (rotación) y alrededor del Sol (traslación), la compasión... Creen que si sus

deseos son lo suficientemente fuertes o quieren algo con verdadera intensidad, ese *algo* terminará llegando hasta ellas antes o después. Las niñas suelen creer en la resurrección de la carne y en la comunión de los santos pero, por mucho que les guste el chocolate, no suelen ser glotonas, mentirosas ni egoístas. Tampoco envidiosas, aunque lo parezcan. Las niñas de verdad son ángeles en la Tierra.

## IV. OÍDO

Dicen que nada es tan perfecto como nuestra estancia en el vientre materno cuando, como pequeñas larvas, permanecemos encerradas en una celda acolchada, libres de las necesidades, libres del tiempo, pero no libres del pulso de la sangre que, en cierta forma, nos permite seguir creyendo que la vida es posible. Después, a lo largo de los años, nosotros, las larvas supervivientes, nos esforzamos en prestar oído al latido de nuestro corazón para comprobar que todo sigue bien. Sin obsesionarnos, claro, porque nosotras sabemos controlar la imaginación y no vamos a quedarnos despiertas toda la noche temiendo que esos latidos se detengan. Y tampoco tememos, bueno sí pero solo un poco, el silencio del corazón de los que amamos, porque sabemos que nuestro amor los hace indestructibles. Las supervivientes no estamos para cataclismos. Ni se nos ocurre la posibilidad de que nos parta un rayo. Tampoco nos asustamos con el retumbo de un trueno, es más, de vez en cuando nos gusta escucharlo como nos gusta escuchar el arrullo de las olas o el zumbido de un abejorro. Para las supervivientes, un runrún dentro de la cabeza es un runrún dentro de la cabeza y no un tumor cerebral. Las supervivientes acostumbramos desde niñas a empezar el día con una sonrisa en la boca a pesar del gáñido del ascensor decimonónico, el clangor de las cántaras de leche o el ruido de la maquinilla de afeitar mientras padre oye las noticias por la radio. Con todo, a las supervivientes no nos gustan las malas noticias y ni siquiera recordamos nuestras pesadillas a no ser que terminen bien.

Precisamente: el fragor de los motores (dos) de un avión, un día de junio del año en que cumpla los once, cuando llego al viejo, viejísimo aeropuerto de Barajas y subo a bordo de un bimotor con intención de ¡volar!, más aún, ¡volar sola!, en dirección a Tánger. ¡Eso sí que estaba bien! Hasta el mismo instante de subir al avión no me atrevo a disfrutarlo como se merece, no sea solo un sueño y vengan y me despierten. Supongo que, también, es un poco por culpa del vértigo. Mis amigas se burlan de mí: ¿No dices que viajar es lo que más te gusta del mundo? Ellas tienen razón, pero yo sigo teniendo vértigo aunque en el fondo me importe un bledo. Compruebo con asombro que soy perfectamente capaz de impedir que este miedo me paralice. Que puedo domesticarlo como si de un caballo salvaje se tratase. El vértigo y el fragor de los motores, todo junto. El recuerdo del miedo aumenta incluso el placer que siento. Me refiero al miedo en general y no al vértigo, porque el vértigo es terrible: por mucho que lo domines nunca llegas a superarlo.

En cuanto al miedo, hay muchas clases de miedo.

### *Miedo a lo desconocido*

Que no va conmigo. En cuanto llego me enamoro inmediatamente de esta ciudad. Me encanta su desorden, el colorido, la compleja organización de la vida en Tánger que solo la gente de mi mismo pelaje es capaz de apreciar. Al ir o volver de la playa, del balneario Neptuno, regido por un catalán y su mujer, Rosa, que es el único lugar donde nos dejan ir a jugar a mis primos y a mí, percibo el bullir de la ciudad a mi alrededor y me siento como Cristóbal Colón o la Monja Alférez, inmersa en una aventura despampanante:

lugares como el Zoco Chico y la calle de Siaguins —una cuesta que une el Zoco Chico y el Zoco de Afuera—; la Tenoría y el callejón del Huerco; la plaza del Progreso rodeada de agencias de cambio con los Delman y los Mouyal, grandes y pequeñas, todas ellas judías menos dos: la del portugués João Evaristo y la de Cano, un español amigo de la familia; la avenida de España o la murallita frente a Casa Ros desde donde se puede admirar toda la Marina; la Escuela de la Alianza Israelita y el Liceo Regnault o Casa Riera, de los curas, que es donde mis primos van al colegio; los kioscos de tebeos con Floritas y Capitanes Trueno, Robertos Ayala y Pedrín. Los cines —¡ay los cines!— como el Capitol donde se instalan los vendedores de *chaam*, habitas y garbanzos hervidos; los bares como el Puerta del Sol o el Bar de Robles frente a la cuesta de la plaza y donde, por supuesto, jamás de los jamases, nos dejan entrar, aunque sí dar una limosna a su ciego particular que canta, canta sin parar:

En tu país  
Benmerguí, Benmerguí  
Ya no hay luz  
Beniluz, Beniluz  
Desde que tú  
Viniste aquí  
Beuchetrit, Beuchetrit  
Tú eres el sol  
Abitbol, Abitbool  
De Ved Ahardan  
Benyadan, Benyadan

Sí, todas esas visiones, olores y entretenimiento, frágiles y alegres, se funden en Tánger, esta extraordinaria, maravillosa, tentadora ciudad.

### *Miedo a estar sola*

Una tarde de verano, el último antes de la abrogación de la Carta Real de Tánger, me escapo del patio donde nos dejan jugar a los niños y llego al puerto sin saber cómo. Supongo que voy buscando los barcos. Adoro los barcos. El correo de Algeciras dormita amarrado a un noray. Al fondo, envuelto en la calima, el cabo Malabata. Después de dar una vuelta entre los estibadores, sin percatarme ni por un segundo de las libidinosas miradas que me dirigen, atravieso la puerta de la Marina y la calle Pocito hasta desembocar en la Ued Ahardan, corazón comercial de la Medina. Sopla un viento muy fuerte, pero las altísimas palmeras de la avenida de España le plantan cara, mientras papeles y toda clase de basuras se arremolinan en las esquinas de la plaza Nueva. Anochece y me doy cuenta de que me he perdido. Entonces, en la cuesta de la Siaguins reconozco, de haber estado allí el último domingo, la iglesia de la Purísima y, ni corta ni perezosa, entro y doy el nombre de mi tío. Tengo suerte porque, por supuesto, el cura le conoce y no han pasado ni quince minutos cuando él llega a buscarme. Dice que los tenía a todos muy preocupados, que han pasado mucho miedo y que no se me ocurra volver a escaparme porque puede ser muy peligroso. No sé de qué me habla: ¿peligroso?, en ningún momento he sentido miedo, muy al contrario, me ha encantado el paseo. A mi tío, sin embargo, le tiembla la voz mientras me zarandea por los hombros. Creo que esa es la diferencia entre su miedo y el

mío. Si preguntase a un especialista de dónde procede esta diferencia, seguro que me respondería: «Procede de la experiencia. Él sabe lo que podía haberte ocurrido porque lo está viendo todos los días. Tú no tienes ni idea y por eso tampoco tienes miedo». ¿El valor se debe pues a mi sublime ignorancia? ¡Y una mierda! Lo que ocurre es que mi tío «ha aceptado una responsabilidad» y responde ante mi padre. Estoy bajo su protección y las consecuencias de sus actos le atemorizan mucho más que lo que pudiera haberme ocurrido a mí. Esa es la verdad: él no tiene nada que ganar, yo sí: con cada riesgo, aprendo a vivir.

Así son las cosas: lo primero que aprenden las supervivientes es a sobrevivir. Son maestras en los rituales que las protegen. Saben resistir. Las supervivientes conocen el valor de la fortaleza de espíritu y llevan consigo el valor de sus convicciones. En esa jungla de seres perversos y gritones que es la vida son las únicas que saben escuchar a los mirlos. Y su canto no les parece insustancial o más liviano que el aire, sino una fuerza musculosa que las ayuda a sobrellevar el miedo. Las supervivientes no se dejan aplastar por el peso del mundo, son recias y valerosas.

Cuando termina el verano y me llega la hora de coger el avión de vuelta a casa, me desespero. No quiero volver, es decir, siento miedo de volver. A volver a encerrarme en la calle Ordoño II número 30, primero izquierda, León, donde sé que la gente que forma parte de mi pequeño cogollo social casa-colegio/colegio-casa no tiene mucho que enseñarme. O quizá sea yo la que no tiene ganas de aprender, porque todo lo suyo me parece insufriblemente aburrido y, también, porque estoy convencida de que padres y profesores son colaboradores necesarios de la



innumerable sarta de «creencias», «opiniones», «convicciones» e incluso «sentimientos», los tiránicos prejuicios que arman sus ideas. Nunca he encontrado la forma adecuada de dialogar con ellos. Tampoco la esperanza: seré siempre la niña egoísta, mentirosa e inconsciente que se atreve a hacer lo que le gusta. Seré siempre la rebelde, la inconformista, una niña de mal carácter, imposible de controlar.

No, no. No quiero volver. Estoy bien al lado de mi querida tía Luisa que no grita y todo lo pregunta suavemente. Aún más extraordinario, escucha lo que tengo que decir con —a mí me lo parece— el mayor interés.

Pero esta vez no y es comprensible: Mi tía tiene ya siete hijos. Resignada y para congraciarme con mi miedo —y con todo lo que vendrá después— decido comprar un disco para llevar a los míos de regalo. El hermoso, apaciguador sonido de la música clásica. Como es de esperar, mi querida tía respeta mi decisión y me deja escogerlo a mi gusto. Elijo, no sé por qué pues nunca lo había oído antes, el *Peer Gynt* del compositor romántico Edvard Grieg: Suite n.º 1, opus 46 y Suite n.º 2, opus 55. Supongo que algo en la carátula me llama la atención. Todavía recuerdo los datos sin tener que mirarlos o, quizá, lo que me llamó la atención, fuera solo la leyenda o el título del tercer movimiento de la Suite n.º 2: *Peer Gynt de regreso a casa (la noche de la tormenta en el mar)*. O a lo mejor es solo la casualidad o cualquier otra cosa. Al final, se lo regalo a mi padre. Años después, cuando me echan de casa, el disco, mezclado entre otros vinilos de mi propiedad, vendrá conmigo. Salvo yo misma, no creo que nadie más lo escuchara nunca. A día de hoy, sigo escuchándolo.

## V. TACTO

Sin gloria al olvido. Así es cómo, nos guste o no, se ven arras-tradas las fantasmales células de nuestra piel cuando aplas-tadas y llenas de queratina llegan, por fin, a la superficie. Nuestra piel. Lo único que se interpone entre nosotros y el mundo. Eso explican los libros: entre nosotros y el mundo. Habrá que pensarlo. Merece una explicación.

Yo, sin ir más lejos, soy una niña que necesita toda clase de explicaciones. Una niña curiosa. Para empezar, creo en los milagros y me preparo con verdadero empeño para llegar a ser santa. Soy generosa y doy todo lo que tengo: ropa, juguetes viejos. Puedo permitírmelo. Para algo soy la hija única del señor magistrado y todo el mundo sabe que de donde salen esas cosas pueden salir siempre muchas más. Aun así, mi esplendidez no deja de llamar la atención: mi corazón está siempre lleno de entusiasmo o de preguntas aunque, en realidad, no entiendo nada. El mundo, me parece, está siempre fuera de control, es irreal y desastroso, pero no sé por qué, la niña que yo soy ha sentido siempre la necesidad de arreglarlo. Mis brazos siem-pre están abiertos y, de una forma instintiva, he aprendido a compartir la mayoría de mis cosas con los demás. Los triunfos y las penas, sobre todo las penas. Lo que me lleva a la siguiente cuestión: ¿el cuerpo de una, tan deseado, hay que compartirlo también o es solo mío? Es una pregunta que me hago muy a menudo. Cuando me miro desnuda al espejo no me reconozco. Me pregunto si eso que veo ahí soy yo de verdad, quiero decir, si soy yo por dentro y, por

lo tanto, me pertenezco o por el contrario soy alguien diferente, alguien abandonado en el fondo del espejo y que en el sorteo me ha tocado a mí, como bien pudiera haber tocado a cualquier otra, y sobre el que no tengo derecho de propiedad o, al menos, no tanto como parece. Paso mucho tiempo mirándolo, intentando ver en él lo que aparentan ver los demás. La sola idea de que los demás puedan ver lo que yo veo me provoca un nudo de vergüenza en el estómago.

Burgos. Tengo seis años. Estoy pasando una temporada con mis abuelos en la colonia militar Dos de Mayo situada al sur de la calle Vitoria, a medio camino entre Burgos y el barrio Gamonal. En Burgos hay 16 cuarteles y en el buen tiempo, entre las siete y la hora de retreta, el paseo del Espolón se convierte en un espacio militarizado. Ríos de uniformes caqui con un aura de brutalidad anónima, como de olor a quemado. Los abuelos viven en un chalecito que la abuela califica de perfecta porquería, pero que a mí me parece el colmo del lujo porque incluye caseta para el perro, con perro dentro, y al asistente del abuelo que, además de ser chófer, me trae caramelos y me lleva de paseo en el coche oficial.

En realidad, yo no sé lo que estoy haciendo aquí. Supongo que en mi casa, como de costumbre, aprovechan cualquier oportunidad para quitarme de en medio. Ahora la disculpa podría ser la boda de mi tía Maruja, la hermana más pequeña de mi madre y la chica más guapa que yo haya visto nunca. Se casa con un cadete de caballería y, hoy, mis abuelos andan fuera ocupados con los preparativos. Sola en casa, a excepción de la cocinera, yo me aburro y juego con el perro. Le atuso los bigotes, me revuelco con él sobre la

hierba, le obligo a tumbarse y lo utilizo como almohada. El cosquilleo de su pelo detrás de mi cuello. La humedad de su lengua sobre la piel de mi mano. Todos los pellizcos, rascaduras y palmadas. Recuerdo esas sensaciones. Luego me canso o me entran ganas de hacer pis, no estoy segura, y en lugar de subir al cuarto de baño me voy detrás de la caseta y me bajo las bragas sobre la hierba. De repente ¡clic! la sensación de un dedo acariciando la seda, la piel suave alrededor del clítoris. Casi pierdo la respiración de pura sorpresa: sin querer he tocado una parte de mi cuerpo que, por supuesto, no sabía que tenía y siento algo parecido a una descarga eléctrica. Es un día de mayo brutalmente caluroso y húmedo y el sol parece arder a pocos pasos en un aire tan pesado y húmedo, como si fuera sólido, pero yo, mira por dónde, tengo escalofríos. Vuelvo a tocarme. A partir de ese instante la palabra *placer* entrará a formar parte de mi vocabulario.

También comprendo lo importante que es hacer cosas nuevas para ir avanzando en la vida. Aprendo que el tacto es esa clase de sentido que nos permite encontrar nuestro camino en el mundo, que nos guía en la oscuridad o en esas circunstancias en las que no podemos valerlos de los otros sentidos. El causante, perpetrador, criador de caricias que contraen el tiempo y hacen que los huesos se estremezcan. El armador de un placer tan profundo que, a veces, una cree desmayarse. Con el tiempo, iré encontrando otros. Pero esta mañana, escondida detrás de la caseta del perro, he hecho un gran descubrimiento: he descubierto una región desconocida y oculta de la geografía de mi cuerpo y, solo por eso, me siento mucho más sabia.

Y aunque pueda parecer una tontería, a partir de ese día, no vuelvo a aburrirme nunca. Todo me parece divertido. Es lo que tenemos las niñas sabias. Disfrutamos con cualquier cosa, sobre todo con el clítoris. Enseguida aprendemos a gozar de los grandes tesoros de la vida cotidiana: una taza de chocolate, el latido del corazón de tu perro cuando te hace de almohada, el olor de la tierra mojada. Sabemos aprovechar los placeres que encontramos al paso y los agradecemos como si fuesen grandes favores. Las niñas sabias estamos convencidas que lo mejor, siempre, está por llegar.